

el Hijo de Dios. El ejecutor, ó sea el ministro de la justicia, es el demonio. Es, pues, Jesucristo mismo el que al momento de nuestra muerte juzgará de nuestra suerte eterna. Juez iluminado á quien ninguna cosa se le escapará: juez severo, que no se podrá doblar con cosa alguna: juez poderoso, á quien nadie resistirá: juez justo que dará á la virtud la recompensa que ha prometido, y á los pecados el castigo con que nos ha amenazado; al pecado venial un castigo temporal, y al pecado mortal un castigo eterno. ¡Ay de mí, ¡me acerco ya al momento en que me deberé presentar á mi juez. ¿Qué será de mí, el mayor de los pecadores, deudor impotente á pagar y cubierto de mil iniquidades?

Lo 3.º *Del adversario...* Nuestro adversario es nuestra conciencia, es el prójimo, es el príncipe y el mismo juez que hemos ofendido. En este juicio Jesucristo lo será todo juntamente, juez, testigo, acusador, y el adversario ofendido. ¡Cuán terrible debe ser para los pecadores este juicio! Pero, ¡oh bondad infinita de Dios! Jesús mismo nos enseña el medio de evitar el rigor. Este consiste en acomodarnos con él mientras vamos por el camino, mientras gozamos de esta vida. Él mismo nos convida á esto, nos solicita; y además de esto nos ofrece él mismo los medios de satisfacerle enteramente; su sangre, su muerte, sus méritos, sus gracias, sus Sacramentos y sus misericordias... ¡Oh hombres insensatos! ¿qué pensais, pues, vosotros, no queriendo aprovecharos de una oferta tan generosa, tan ventajosa, tan llena de ternura y de amor, y que solo se dirige á abriros las puertas del cielo, para que luego inmediatamente después de vuestro último pasaje podais entrar en él sin obstáculo y recibir un juicio favorable?

#### *Peticion y coloquio.*

Hagamos la paz, ó Señor, antes que yo haya de comparecer delante de Vos. Voy á acusarme á vuestro ministro, y purificarme en vuestra sangre: voy á restituir á mi prójimo cuanto le debo, á reconciliarme con aquel que he ofendido, ó que me ha ofendido: quiero vivir una vida casta, humilde, piadosa y paciente: quiero regular mi conducta segun las obligaciones de mi estado y los preceptos de vuestra santa ley: quiero caminar á vuestra presencia, y con Vos, no como mi adversario, sino como con mi Señor, á quien amo tiernamente y quiero servir con ardor, á fin de encontrar un dia en Vos, ó Dios mio y Juez mio, un Mediador y un Salvador. Amen.

## MEDITACION CLXV.

FIN DEL DISCURSO DEL REDENTOR Á LA PRESENCIA DEL PUEBLO.

(Luc. XIII, 1-9).

### PARÁBOLA DE LA HIGUERA.

La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia: 1.º nos solicita por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra; 2.º nos solicita por caminos secretos que Jesucristo nos revela.

### PUNTO I.

*La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia por medio de efectos sensibles que Dios nos muestra.*

1.º *Examinemos cuán frecuentes sean estos efectos...* «Y en el mismo tiempo vinieron algunos á darle parte de los galileos, cuya sangre «había mezclado Pilato con los sacrificios de ellos, y les respondió, «y dijo: ¿Pensais que aquellos galileos fueron mas pecadores que «los otros galileos por haber padecido tales cosas? Os digo que no; «pero si no haceis penitencia, pereceréis todos del mismo modo. Así «como tambien aquellos diez y ocho hombres, sobre quienes cayó «la torre cerca de Siloé, y los mató: ¿creeis que ellos fuesen mas «deudores que todos los hombres que habitaban en Jerusalem? os «digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos del «mismo modo...»

Mientras hablaba al pueblo Jesucristo, se le anunció que Pilato habia hecho matar en el templo de Jerusalem un cierto número de galileos que habian ido á ofrecer sus sacrificios. Á la relacion de este trágico suceso añadió Jesucristo otro, é hizo memoria del que habia acaecido en la misma ciudad, cuando una torre de la fuente de Siloé se arruinó, y aplastó con su caída diez y ocho personas... ¡Cuántos accidentes semejantes han llegado á nuestra noticia, ó que han sucedido á personas particulares, ó á millares, de solo un golpe! Acordémonos bien de ellos, y digámonos á nosotros mismos, ¿sobre qué, pues, se funda la seguridad en que vivo? Lo que ha sucedido á tantos otros ¿no me puede suceder á mí en cada momento? Ellos no lo esperaban mas que yo. Vivian como yo en seguridad; y con todo eso fueron sorprendidos, y murieron sin haber tenido ni siquiera un momento para reconocerse. Pues ¿cómo en medio de tantos peligros que me rodean puedo determinarme á pecar? ¿Cómo puedo vivir en

pecado y permanecer en él un solo momento?... Pero dirá alguno: no muere todo el mundo de accidente. No; pero yo puedo morir de él, ¿y qué me importa que los otros mueran diversamente, si yo puedo morir de tal muerte?

2.º *Observemos cuán terribles sean estos efectos...* Cuando se cuentan semejantes sucesos, cada uno discurre según su genio. Unos hablan de una manera propia de un gentil; otra cosa no ven en esto que un concurso de causas naturales y un efecto del caso, sin pensar que todo está subordinado y sujeto á la providencia de Dios, y que nada sucede acaso: que en todas las cosas se ejecuta la voluntad del Señor, y que están llenos de equidad todos sus juicios. Otros lo consideran en una manera del todo humana; se compadecen de los que han perecido así miserablemente; piensan en la ruina de su fortuna y en la desolacion de su familia, sin pensar en su alma y en la eternidad. ¡Ay de mí! ¿en qué estado estaba entonces esta alma? ¿Estaba en estado de gracia, ó en estado de pecado mortal? Hé aquí decidida en un momento su suerte, y hé aquí lo que hace temblar. Y si yo hubiese perecido en su lugar, ¿en qué estado me habria hallado? ¿Cuántas veces me he hallado en tal estado, que si me hubiese sucedido el mismo accidente, á esta hora seria perdido, seria condenado? Dios no lo ha permitido, y ¿cuál es ahora mi reconocimiento? Estoy aun incierto de lo que me sucederá, y con todo eso, ¿cuál es mi temor, cuáles son mis precauciones? ¡Ah! si alguna vez quedo sorprendido, ¿á quién echaré la culpa sino á mí mismo? ¿Y qué me quedará entonces sino una eterna desesperacion?... Otros finalmente discurren sobre esto en una manera supersticiosa; y este era el defecto de los judíos. Se imaginaban que los que perecian de este modo, eran siempre los mayores pecadores de una ciudad ó de una nacion; pero el Salvador les muestra el error. ¡Ah! no juzguemos á ninguno, y temamos para nosotros. Dios con el mismo accidente castiga al impío y recompensa al justo. Todo depende del estado en que cada uno se halla, y toca á cada uno de nosotros mantener siempre nuestra conciencia en el estado en que querríamos morir.

3.º *Consideremos cuán instructivos son estos efectos...* No reflexionemos sobre lo que sucede á los otros, sino para sacar instruccion para nosotros mismos. Por esto el divino Maestro, despues de haber destruido el falso prejuicio del pueblo sobre estas suertes de accidentes, añadió: «Si no haceis penitencia, pereceréis todos del mismo modo...» Todos tendréis una misma suerte. Estas palabras eran

para los judíos una prediccion que por su impenitencia se cumplió bien presto, cuando toda esta pérfida nacion pereció bajo la espada de los romanos, y quedó sepultada debajo de las ruinas de la ciudad y del templo de Jerusalem... ¡Oh cuántas desgracias públicas y particulares pudiera tener léjos de nosotros la penitencia! Tomemos ejemplo de los otros. Nosotros acaso somos mas culpados que ellos, y á la suya será semejante nuestra suerte. Tomemos ejemplo por lo menos de nosotros mismos, y si ya sentimos sobre nosotros los efectos de la cólera de Dios, démonos priesa á pacificarlo con la penitencia, y á alejar de nuestras cabezas las últimas desgracias que están ya próximas á caer sobre ellas. Si los hombres están sordos á esta voz, y crecen cada día en maldad, nosotros por lo menos estemos prontos á hacer penitencia por nosotros y por ellos. Dios perdona á las veces los culpados por respecto á los justos; pero si su justicia relampaguea y despide sus rayos, no perderemos nosotros nuestro premio: aun cuando viniésemos á quedar envueltos en sus mismas desgracias, quedará mas pura nuestra virtud, y aun cuando quedásemos sepultados debajo de las mismas ruinas, nuestra salud eterna será nuestra recompensa.

## PUNTO II.

*La justicia de Dios nos solicita á hacer penitencia por medio de caminos secretos que Jesucristo nos revela.*

La amenaza que Jesucristo hizo al pueblo en dos palabras, la extendió en una parábola, en que nos descubre secretos importantes: «y dijo tambien esta parábola: Un hombre tenia una higuera plantada en su viña, y fué para buscar el fruto en ella, y no lo halló. «Y dijo al que cultivaba la viña: hé aquí que ha ya tres años que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala, pues: ¿para qué ocupa aun la tierra? Pero él respondió, y le dijo: «Señor, déjala aun por este año, hasta que yo la cave al rededor y le eche estiércol, y si con esto diere fruto, bien; sino entonces la cortarás...» Con esta parábola acabó su discurso el Redentor, dejando su interpretacion á la discrecion de su auditorio. Nosotros nos la debemos aplicar á nosotros mismos, y en ella encontraremos seis motivos de hacer pronta penitencia.

1.º *Los beneficios con que Dios nos ha prevenido...* «Un hombre tenia una higuera plantada en su viña...» Esta higuera era el pueblo judáico sobre la tierra y en medio de las naciones: Jerusalem es-

taba en medio del pueblo escogido, de que era la dominante y la capital. Esta higuera somos nosotros mismos inertes en Jesucristo por el Bautismo, plantados en su Iglesia por la fe, acaso asociados á su sacerdocio por el Orden, acaso incorporados en alguna Orden santa por la profesion; admitidos en una santa casa por un favor especial; y en cualquier estado que nos hallemos hemos estado cultivados en él con diligencia, regados con las gracias del cielo, y reparados contra los escándalos y corrupcion del mundo. Nosotros nos gloriamos tambien de estos beneficios. Pero ¿pensamos alguna vez en dar gracias á aquel de quien los hemos recibido? ¿pensamos en corresponder, llevando frutos que él tiene derecho á esperar de nosotros? ¿Nos persuadimos, acaso, que tantos beneficios no nos empeñan, ni nos ponen alguna obligacion? ¿Pensamos, por ventura, que despues de haber derramado sobre nosotros con tanta profusion su bondad, no ha de esperar ni ha de pedir cosa alguna de nosotros su justicia?

2.º *Nuestra ingratitud para con Dios...* «Y fué á buscar el fruto, «y no lo halló...» Tal fue el estado de la nacion judáica; tal fue el de la ingrata Jerusalem al tiempo del Mesías. ¿No es este, por ventura, el nuestro? Esta estéril higuera ¿no es la figura de nuestra ingratitud y de nuestra esterilidad? ¿Dónde están los frutos que hemos dado? ¿dónde están las buenas obras? ¿Qué virtudes puede al presente encontrar el Señor en nosotros? ¡Ay de mí! en vez de frutos de virtud hemos producido solamente frutos de pecado.

3.º *La paciencia del Señor con nosotros...* «Y entonces dijo al que «cultivaba la viña: Hé aquí que ha tres años que vengo á buscar «fruto de esta higuera, y no le hallo...»

Corria ya el tercer año desde que Jesucristo empezó á predicar públicamente la penitencia; pero ni la nacion de los judíos ni Jerusalem su capital habian aun empezado, ni pensaban en hacerla... ¿Y nosotros? Nosotros no tenemos cuidado de contarlos; pero Dios nos cuenta estos años que pasamos en ocio, en la dispacion, en el olvido de nuestras obligaciones, de nuestra salud, de nuestra perfeccion, y en una total esterilidad. Nosotros nos olvidamos de lo que debemos á Dios; pero él no se olvida: nosotros vivimos como si nada le debiéramos; pero él viene á buscar lo que le estamos debiendo. Ya ha mucho tiempo que espera que llevemos frutos dignos de todos los cuidados que ha tomado por nosotros, y ya ha mucho tiempo que nosotros defraudamos su expectacion. ¡Ah! ¿dónde estaríamos si nos hubiese castigado luego que cesamos de serle fieles? ¡Qué paciencia habernos soportado tanto tiempo! No solo tres años, sino

veinte, treinta, y acaso mas. De esto se ha lamentado el infierno, han murmurado los demonios; los réprobos y muchos que eran menos culpados que nosotros, de los cuales algunos fueron nuestros cómplices, han blasfemado tambien, y nosotros ni aun nos hemos movido hasta ahora, ni estamos penetrados de reconocimiento.

4.º *La justicia de Dios...* «Córtala, pues: ¿para qué esta aun ocupando la tierra?...»

¿Dónde estábamos nosotros, qué hacíamos cuando Dios pronunció contra nosotros esta sentencia? ¿De qué terror hubiéramos sido sobrecogidos, si hubiésemos oido estas fulminantes palabras? ¡Soy ciertamente desgraciado! Hoy acaso, va Dios á pronunciarlas; y su justicia, cansada de mis escándalos, de mis negligencias, de mi inutilidad, está próxima á dar la orden absoluta de arrancarme de un terreno que otro ocupara mas útilmente que yo, y muy cerca de cortarme de un cuerpo que deshonor; de quitarme una vocacion que mancho, una fe que profano, una vida de que abuso. ¡Ah! Señor, piedad: he pecado; pero ahora comienzo; quiero volver á entrar en mí mismo y humillarme; os pido gracia, ¡oh Salvador mio!

5.º *La misericordia de Dios...* «Pero él le respondió, y dijo: Señor, déjala estar por este año, hasta que yo le cave al rededor la «tierra, y le eche el estiércol; y si con esto diere fruto (bien)...»

¿Quién es el que ha tenido tanto cuidado de mis intereses, que ha hecho suya mi causa, y que me ha patrocinado mientras que yo no pensaba en otra cosa que perderme?... ¿Sois Vos, ó santísima Virgen, Vos, en quien yo siempre he confiado? ¿sois Vos, ó Santo abogado mio, ó Ángel de mi guarda, ó Santos míos fundadores y protectores? ¡Oh Santos del cielo y vosotros justos de la tierra, vosotros sois los que todos juntos habeis empleado por mí vuestra poderosa intercesion! ¡Oh Salvador de mi alma, Vos sois el que con los méritos de vuestra muerte habeis calmado el justo furor de vuestro Padre! ¡Oh misericordia de Jesús, Vos sois la que os oponéis á la sentencia de su justicia, y habeis detenido el rayo que estaba á punto de ser arrojado sobre mi cabeza; y en vez del castigo que merecia, Vos me preparais aun nuevos favores, quereis tomar nuevos cuidados de mí, y me procurais nuevos medios de salud!... Ahora, pues, ¿abusaré yo aun de todo esto? ¡Ah! no lo permitais, Dios mio; sostenedme en la firme resolucion en que estoy de aprovecharme de vuestras misericordias y de seros mas fiel.

6.º *El último término de la paciencia de Dios...* «Y sino entonces «la cortarás...»

¡Infelices judíos! no quisísteis vosotros comprender el sentido de esta parábola, ni aprovechar este último año que Jesucristo os concedía, y fuísteis cortados del número de los pueblos. Errantes sobre la tierra, sin ciudad, sin templo, sin culto, sin altar, no substís por otra cosa que para verificar una parte de la prediccion, que anunciaba el castigo preparado á vuestra impenitencia... ¡Ah! ¡cuantos otros pueblos no han comprendido el sentido de esta parábola, han perdido la fe, y han sido cortados del número de los fieles!

*Peticion y coloquio.*

Ó Dios mio, ¿quién sabe si yo mismo lo comprendo bien? ¿Á qué término llegará vuestra paciencia para conmigo, despues del cual ya no habrá para mí remedio? ¡Ah! acaso estoy ya muy cerca; acaso no tendré mas que este momento. Quiero de una vez concluirlo; quiero darme prisa á sacar provecho. Hé aquí que yo sinceramente me vuelvo á Vos, y desde ahora empiezo á servirlos con fervor, y á emplearme para llevar los frutos que Vos esperais de mí. Vos me dejais aun el derecho de esperar en vuestra bondad: ya no lo dilato mas: no quiero exponerme á la dolorosa prueba de la verdad de vuestras amenazas: soy vuestro, ó Señor, por el tiempo y por la eternidad... Amen.

**MEDITACION CLXVI.**

MUJER ENCORVADA SANADA EN DIA DE SÁBADO.

(Luc. xiii, 10-17).

Consideremos: 1.º la enfermedad de esta mujer; 2.º la sana Jesucristo; 3.º la indignacion que muestra sobre este propósito el príncipe de la sinagoga.

**PUNTO I.**

*Enfermedad de esta mujer.*

«Y (Jesús) estaba enseñando en la sinagoga de ellos los sábados, «cuando hé aquí una mujer que ya habia diez y ocho años tenia espíritu de enfermedad; y estaba tan encorvada que no podia mirar «hacia arriba...»

Era digno de compasion el estado de esta mujer; pero ¡ah! su enfermedad no es sino una débil imágen de lo que causa el pecado...

1.º *¿Cuál era el origen de esta enfermedad?*... Esta enfermedad venia del demonio: ¿no vienen por ventura tambien de él todos los males de nuestra alma? ¿No seguimos nosotros los consejos de este

enemigo de la salud, cuando abandonamos á Dios y nos damos en presa al pecado? Este solo pensamiento ¿no deberia causarnos horror y abstenernos del mal? Cuando Dios lo permite puede el demonio obrar sobre nuestros cuerpos sin que nosotros tengamos culpa; pero si se enseñorea de nuestras almas, entonces la culpa es nuestra, nuestro el consentimiento.

2.º *¿Cuál era la naturaleza de esta enfermedad?*... Consistia en hacerla andar toda encorvada hácia la tierra: situacion igualmente penosa y humillante, de que no podia sufrir la violencia, ni esconder el rubor... Tal es la situacion de un alma esclava del pecado: no ve ella otra cosa que la tierra y el lodo; siempre inclinada á los bienes terrenos, y entregada á los placeres infames, siente toda la indignidad de sus pecaminosos afectos, y no puede impedir que los otros echen de ver la vileza de sus sentimientos. ¡Oh deplorable estado! ¿Cómo es posible que un cristiano encuentre en él su placer? ¿Cómo no tememos nosotros de caer en él? ¿Cómo habiendo caido no buscamos el modo de volvernos á levantar?

3.º *¿Cuál fue la duracion de esta enfermedad?*... Diez y ocho años... Y nosotros ¿cuánto tiempo há que estamos en el pecado? Cuando cometemos el primer pecado, cuando damos el primer paso en el camino de la iniquidad, nos lisonjamos de no perseverar en él y de renunciarlo luego. Pero ¡oh deplorable engaño! ¡oh esperanza quimérica! Se pasan insensiblemente en el pecado veinte, treinta, cuarenta años, y muchas veces toda la vida.

4.º *¿Cuál fue el efecto de esta enfermedad?*... Esta mujer estaba de tal suerte encorvada, que de ninguna manera podia mirar hácia arriba... Decidle á aquel pecador que alce sus ojos hácia el cielo, que vea en él un Dios liberal y magnífico, que emplea su omnipotencia en llenar de bienes y de delicias las almas que le son fieles, y en recompensarlas por toda la eternidad de los falsos bienes y de los vanos placeres de que se privaron por algunos momentos por su amor sobre la tierra; decidle á lo menos que considere allá arriba un Dios justo, vengador del pecado, que condenará al fuego del infierno las almas culpadas que habrán quebrantado la santidad de sus leyes. ¡Ah! no puede alzarse tan alto su vista; no ve otros bienes que los de la tierra; no apetece otros placeres que los de la carne, ni conoce otra pena que la de estar privado de ellos; ¡fruto amarguísimo de una larga perseverancia en el pecado! Decidle á aquella alma dispada, toda llena de sí misma, entregada á su vanidad y á sus divertimientos frívolos y pecaminosos; decidle que se recoja, que ore, que me-

dite, que recurra á Dios, que piense en él, que se ponga en su presencia. Ella ignora lo que le decís, no entiende cosa alguna. No ve otra cosa que la tierra; no se ocupa en otra cosa que en la tierra; ella no puede de modo alguno mirar mas alto. Hace en vano algunos esfuerzos débiles; el hábito está ya contraído; el hábito la detiene, y entre tanto vive siempre encorvada bajo el yugo y el imperio del demonio.

## PUNTO II.

*La sana Jesucristo.*

1.º *Jesús la ve...* «Y habiéndola visto Jesús...» Esta mujer, no obstante su enfermedad, se fué á la asamblea para aprovecharse de la instruccion. ¡Ay de mí! se buscan frecuentemente razones poderosas para dispensarnos de asistir á ella: el menor pretexto nos basta, y muchas veces nos ausentamos aun sin pretexto alguno, por puro fastidio y por náusea de la palabra de Dios. Y cuando asistimos á ella, ¿con qué espíritu vamos, y en qué estado nos dejamos ver? Ve Jesús esta mujer, y la ve afligida, humillada, gimiendo bajo el peso de su enfermedad, y llena de un vivo deseo de ser librada de ella. Y á nosotros ¿cómo nos ve? Nos ve con todo el aparato de orgullo y de vanidad mundana, escandalizando al público con nuestro porte inmodesto y disipado: nos ve encorvados bajo el peso de nuestros pecados y de nuestros hábitos: estimándolos, y no temiendo otra cosa que el ser librados de ellos. ¡Ah! si queremos ser sanos presentémonos de otra manera bien diversa á Jesucristo: comparezcamos á sus ojos humillados y consternados, conociendo nuestra enfermedad, y deseando ser librados de ella.

2.º *Jesús la llamó...* «La llamó á sí...» ¿Cuál fue, pues, el júbilo de esta mujer afligida cuando oyó que la llamaba aquella voz llena de dulzura y de poder? ¿De qué esperanza no se llenó su corazón? ¿Con qué prontitud obedeció á tan dulce llamamiento? No teme comparecer en el miserable estado en que se halla en medio de aquella numerosa asamblea, y de llamar sobre sí los ojos de todos: el amor le da ánimo, y la esperanza la sostiene... Ya ha mucho tiempo que nos llama la misma voz. ¡Ah! ¿por qué diferimos el obedecer? ¿Qué tememos? Un momento de confusion á los piés del ministro de Jesucristo será bien recompensado con el beneficio de nuestra sanidad, que llenando de un júbilo todo celestial nuestro corazón, edificará á los que nos conocen, y consolará á los que se interesan en nuestra situacion.

3.º *Jesús la habla y la toca...* «Y le dijo: Mujer, tú estás libre de «tu enfermedad; y le impuso las manos...» Imágen sensible del sacramento de la Penitencia... Es tambien Jesucristo el que nos habla por boca de su ministro: es él el que nos impone las manos: son sus méritos los que nos vienen aplicados; y su omnipotencia la que nos absuelve y nos libra del peso tiránico bajo del cual gemimos. Acercuémonos, pues, con confianza; llevemos un corazón sincero y contrito, y allí encontraremos nuestra sanidad. Si de aquí sacamos poco ó ningun provecho, la sola causa es la mala disposicion con que nos presentamos.

4.º *La mujer queda sana...* «Y inmediatamente se enderezó, y glorificaba á Dios.» Sanidad pronta, perfecta, pública, estable y permanente. En el momento mismo en que Jesucristo pronunció estas palabras y le impuso las manos, la mujer se sintió sana; se alzó perfectamente derecha y sin esfuerzo; vió á su libertador; dió gracias á Dios de su milagrosa sanidad, y todo el pueblo la vió en esta nueva situacion, y con ella glorificó al Señor... ¿Cuándo se verá en nosotros un cambio tan feliz? En vano nos lisonjearíamos de haber obtenido enteramente nuestra sanidad, si no se cambia nuestro exterior; si siempre es la misma nuestra conducta; si siempre tenemos vueltas las miras hácia los placeres, hácia el mundo, y hácia sus vanidades; si en nosotros no se ve mayor modestia y recogimiento, mayor devocion y amor á la oracion. El primer efecto de la sanidad interna del alma es la mudanza de la vida, y la primera obligacion de un alma que ha sanado de sus enfermedades es el reconocimiento para con Dios. Si hemos sanado, pues, y nos hemos mudado; si sentimos nuestro corazón despegado de la tierra y elevado hácia el cielo, demosle por esto gracias á Dios, y atribuyámosle toda la gloria; pero reflexionemos que hay mucha diferencia entre la enfermedad del alma y la del cuerpo. Esta mujer enderezada por la palabra de Jesucristo no tenia que temer que el demonio la hiciese encorvar otra vez hácia el suelo. No es así de nuestra alma: sanada una y muchas veces, está siempre sujeta á encorvarse y á envilecerse, si no imploramos continuamente el socorro de la mano omnipotente que nos ha enderezado; si continuamente no velamos, y si con la gracia de Jesucristo no hacemos todos los esfuerzos para sostenernos en el feliz estado en que nos ha puesto... ¡Ay de mí! ¡oh Dios mio, qué miserable soy! Por mas resoluciones que tome, por mas atenciones que use, por mas esfuerzos que haga, me veo á cada momento encorvado hácia la tierra; se insinúan en mi corazón mil afectos terrenos,

y lo ocupan enteramente y cuási sin que lo advierta. ¿Qué otra cosa puedo hacer en mi miseria que de día y de noche gritar hácia Vos: sostenedme por piedad, ó Señor: alzadme, ó Señor: tened compasión de mí?

### PUNTO III.

#### *Indignacion del principal de la sinagoga.*

1.º *Esta cólera y esta indignacion revienta con artificio...* Este principe de la sinagoga era uno de aquellos fariseos orgullosos y celosos, á quienes hacia sombra la reputacion de Jesucristo, y se desesperaban por causa de sus milagros. Á ejemplo de sus concolegas no se mostró indignado, sino de la pretendida transgresion de la ley de Dios, porque esta sanidad se habia obrado en el dia de sábado. No se atrevió á estrellarse directamente contra el autor del milagro; pero se enderezó hácia el pueblo con un modo imperioso, y dijo: «Hay «seis dias en los que conviene trabajar; en estos, pues, venid y haced que os cure, y no en el dia de sábado...» Se ven tambien en nuestros dias ciertos excesivos celadores de las reglas de la penitencia, que con el celo de la Religion cubren los celos que tienen de la gloria y del buen éxito de los operarios evangélicos que se emplean en la conversion de los pecadores. Aprendamos á desconfiar del celo que nos hace con tanta frecuencia condenar á los otros.

2.º *Esta condenacion es refutada con fuerza...* «Y respondiéndole «el Señor, dijo: Hipócritas, cualquiera de vosotros ¿no desata el dia «de sábado su buey y su asno del pesebre, y lo conduce á beber? «Y esta hija de Abraham, atada ya de Satanás por diez y ocho años, «¿no debía ser desatada de este lazo en el dia de sábado?...»

¡Comparacion sensible para el pueblo, pero de mucha humillacion para los fariseos orgullosos! Cuando el celo y la piedad nos inspiran dureza para nuestros hermanos; cuando nos hacen menos compasivos por las almas rescatadas con la sangre de Jesucristo, que ya de mucho tiempo gimen bajo la esclavitud del demonio, de lo que seríamos por unos viles animales que sirven á nuestro uso; esta es una señal no equívoca de que nuestro celo es falso, y de que es farisáica nuestra piedad.

3.º *Esta indignacion se vuelve en su confusion...* «Y mientras de- «cia tales cosas se avergonzaban todos sus contrarios...» Frecuentemente sucede lo mismo á aquellos censores celosos de la pública devocion cuando aparece sin máscara su hipocresía. Tales son los

efectos ordinarios de la envidia: ella nos despedaza por dentro, y nos hace avergonzar por defuera.

4.º *Esta indignacion aumenta el júbilo del pueblo y su devocion para con Jesús...* «Y todo el pueblo se deleitaba de todas las gloriosas «obras que por él se hacian...» Dios permite frecuentemente que la calumnia sirva para aumentar la gloria de quien es calumniado. Si es cosa gloriosa obrar bien, es mucho mas gloriosa el obrarlo entre las contradicciones de la envidia. El pueblo y las personas de bien se ponen siempre de parte de los que son el objeto de la malignidad. La feliz simplicidad del pueblo y de las almas dadas á la piedad les hace tomar el partido de la piedad, y las conduce seguramente por el camino de la salud, mientras que la pierde y va errando de aquí para allá el doctor orgulloso.

#### *Peticion y coloquio.*

Miradme, ó Señor, con ojos de misericordia. Estoy en un estado mucho mas deplorable que esta mujer del Evangelio. No puedo de modo alguno alzar los ojos al cielo; sigo á ciegas las inclinaciones de mis deseos bajos y carnales: mi alma está sumergida en las cosas de la tierra, y voy caminando siempre encorvado hácia ella... ¡Oh Jesús! llamadme á Vos; ó haced, antes bien, que sea dócil á vuestra voz que me llama: tocad con vuestra gracia mi alma: enderezaad mi corazon, y elevadlo hácia los bienes eternos, para que no mire otra cosa que el cielo, de quien espero mi socorro, y donde espero reinar eternamente con Vos. Amen.

## MEDITACION CLXVII.

## PARÁBOLAS DEL GRANO DE MOSTAZA Y DE LA LEVADURA.

(Luc. xiii, 18-21).

La ciudad ingrata, á donde conducía Jesús á pasos lentos sus discípulos por todos los lugares y granjas que se encontraban por el camino, debía bien presto hacerles ver la sangrienta muerte de su Maestro, y es cierto que justamente por disponerlos para este espectáculo de la cruz, y para la vista de su muerte á la que estaba anexo el cumplimiento de las promesas, les puso de nuevo el Salvador delante de los ojos esta agradable pintura de los progresos de la predicacion de su Evangelio, y les repite para su consuelo estas dos parábolas, que ya les habia propuesto, con este mismo designio: 1.º la parábola del grano de mostaza; 2.º la parábola de la levadura.

## PUNTO I.

*Parábola del grano de mostaza.*

Lo 1.º *De la atencion que pide esta parábola...* «Decia por tanto: ¿Á qué cosa es semejante el reino de Dios, y á qué lo compararé?...»

Sabia muy bien el Redentor bajo qué figuras queria encubrir las verdades que anunciaba; y no tenia necesidad de buscar ni hacer esfuerzo alguno para este propósito. No habla, pues, de este modo sino para excitar la atencion de aquellos que le escuchaban, y de aquellos que meditarian sus palabras... Pidámosle aquella respetuosa atencion que nos imprima en el espíritu estas grandes verdades, que las haga gustar de nuestro corazon, y que penetre de ellas toda nuestra alma.

Lo 2.º *Del reino de Dios representado en esta parábola...* «Es semejante á un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su huerto, y creció, y se hizo un árbol grande, y las aves del aire reposaban sobre sus ramas...»

Este jardin es aquel en que fue sepultado Jesucristo, de donde salió glorioso y triunfante para ser nuestra vida, nuestra justicia y nuestra esperanza... ¿Somos nosotros de aquellas aves del cielo, de aquellas almas puras y elevadas que toman en él su reposo, que buscan en él su refugio, que encuentran en él su fuerza, y que ponen en él todas sus delicias? Este jardin es el mundo, en que Jesucristo ha puesto su Iglesia tan débil en sus principios, y ahora tan triunfante y tan extendida. ¿Estamos nosotros unidos á ella, la amamos, la servimos y la edificamos?... Este jardin es nuestro cora-

zon, en que ha sido sembrada la gracia... ¿Qué aumentos ha tenido en él? ¿Ha venido á ser un árbol extendido y fértil, en que hallemos nuestro reposo y nuestra consolacion, y en que puedan tambien otros hallarla? ¿Ó no hemos sofocado nosotros esta preciosa simiente? ¿No hemos impedido con multiplicadas infidelidades sus progresos?

Lo 3.º *Del reino del demonio representado por esta parábola en un sentido contrario...* Vencido y desterrado de la tierra el demonio por medio de Jesucristo; desterrado de su Iglesia; desterrado de nuestros corazones, vuelve otra vez á restablecer en ellos su reino, opuesto al reino de Dios. El escándalo en el mundo, la herejía en la Iglesia, la pasion en un corazon; todo esto es débil en el principio, es un pequeñísimo grano, y cuási imperceptible. Es una semilla que se esconde á la vista; pero si con tiempo no se sofoca, si se deja crecer, llega bien presto á ser un árbol que extiende bien léjos sus ramos, y donde van, no las aves del cielo, sino las sabandijas de la tierra, las serpientes del infierno; esto es, los pecados, las impiedades, las impurezas, los sacrilegios, los errores, las blasfemias; y donde van, no á tomar reposo, sino á ponerlo todo en desorden y en confusion, para ejercitar allí excesos de furor y de crueldad... Tal es la diferencia del reino de Dios y del reino del demonio; ahora, pues, ¿bajo cuál de estos dos reinos vivimos nosotros?

## PUNTO II.

*Parábola de la levadura.*

Lo 1.º *De la atencion que pide esta segunda parábola...* «Y volvió á decir: ¿Á qué cosa diré yo que es semejante el reino de Dios?...»

Despierta todavía el Salvador la atencion de sus oyentes; despertemos la nuestra para meditar esta segunda parábola, y pidámosle la luz necesaria para comprenderla, y la gracia para aprovecharnos de ella.

Lo 2.º *Del reino de Dios representado en esta parábola...* «Es semejante á la levadura que una mujer tomó, y la escondió en tres medidas de harina, hasta que todo se fermentase...»

Estas tres medidas de harina son las tres partes del mundo entonces conocidas, la Asia, la Europa, y la África. En ellas fue anunciado el Evangelio, en ellas se ha predicado la palabra de Dios, y ha sido distribuido el Pan eucarístico; se ha establecido el reino de Dios, y la fermentacion ha producido en ellas una multitud innumerable de Santos. Luego que fue descubierto el Nuevo Mundo, esta esposa, atenta á

la gloria de su Esposo, ha mezclado tambien en él esta preciosa levadura que allí ha fermentado, y el fervor de esta cuarta parte de mundo ha producido en la América las virtudes mismas del mundo antiguo... Estas tres medidas de harina son tambien las tres potencias de nuestra alma, en que la gracia, la palabra de Dios, y la santa Eucaristía obran una fermentacion saludable que eleva nuestros sentidos, nuestros espíritus y nuestros corazones; que nos une á Dios, en él nos transforma, y forma de nosotros panes vivos, dignos de serle ofrecidos sobre su altar sublime y eterno. Recibamos, pues, esta divina levadura con accion de gracias, dejémosla obrar en nosotros, no interrumpamos ni enturbemos su operacion.

Lo 3.º *Del reino del demonio representado por esta parábola en un sentido contrario...* Si la predicacion del Evangelio ha sido como una preciosa levadura que ha santificado y santifica aun las cuatro partes del mundo, ha quedado con todo eso en el mundo una levadura mala de orgullo y de concupiscencia, que mantiene en él el reino del demonio, y produce el pecado, la impiedad, la incredulidad, el cisma y la herejía... Demos gracias á Dios por habernos hecho nacer en un Estado católico, en que obra aun la divina levadura de la palabra de Dios. Pidámosle y supliquémosle por aquellas provincias que no han recibido aun esta preciosa levadura; por aquellas que la han desechado, por aquellas que la han corrompido, y temblemos por nosotros mismos. Naciendo hemos traído esta mala levadura que introduce en los corazones el reino del demonio. Á esta levadura perniciosa se une la de una pasion que nace, la de un mal ejemplo, de malos libros, de malos discursos y de malas compañías; pero ¡ah! estemos atentos, y velemos sobre nosotros mismos.

#### *Peticion y coloquio.*

Sí, ó Señor, quiero aplicarme á echar léjos de mí todo lo que podria atacar mi fe, corromper mi corazon, manchar mis sentidos, y empeñarme de nuevo bajo del imperio del demonio, de que por vuestra gracia me habeis librado. Ó Dios mio, lo sé; para avinagrar toda la masa no se requiere mas que un poco de levadura<sup>1</sup>; pero será exacta, escrupulosa y constante mi vigilancia. Sostenedla Vos, ó Jesús, con el precio y con los méritos de vuestra adorable sangre. Amen.

<sup>1</sup> I Cor. v, 6; Galat. v, 9.

## MEDITACION CLXVIII.

### DEL PEQUEÑO NÚMERO DE LOS QUE SE SALVAN.

(Luc. xii, 22-30).

Examinemos: 1.º lo que se debe hacer para ser de este número; 2.º las razones por que serémos excluidos de él; 3.º la desesperacion de aquellos que serán excluidos.

#### PUNTO I.

*Lo que se debe hacer para ser de este número.*

«Y (Jesús) iba enseñando por las ciudades y aldeas, y caminando hácia Jerusalem; y uno le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan?...» El divino Salvador, sin responder directamente á la pregunta sobre el grande ó sobre el pequeño número de los que se salvarán, se contentó con decir lo que era necesario hacer para ser de este número, y esto es lo que importa saber sobre esta materia... «Pero él (*enderezando la palabra á los que lo escuchaban*) dijo: es: «forzaos á entrar por la puerta estrecha; porque os digo, que muchos procurarán entrar, y no podrán...»

1.º *Consideremos cuál es esta puerta estrecha por la que se debe entrar en el cielo...* Esta es el Evangelio; es la fe y la ley del Evangelio. Puerta muy estrecha, porque para entrar en ella conviene humillar nuestro espíritu, abatir nuestro orgullo, contener y refrenar nuestras pasiones, nuestras inclinaciones, nuestros deseos, nuestros pensamientos y nuestros afectos; despojarse de todo apego á las cosas de la tierra, de nosotros mismos y de todo amor propio, para amar á Dios solo, y practicar exactamente su santa ley. ¿Es esta aquella puerta por la que nos esforzamos á pasar, y por la que queremos y esperamos entrar en el cielo?

2.º *Examinemos cuáles son los esfuerzos que se deben hacer para pasar por esta puerta...* Esfuerzos generosos, constantes y perseverantes; esfuerzos contra el demonio, el cual, en cuanto le es posible, nos tiene léjos de esta puerta, ahora excitando nuestras pasiones, ahora atrayéndonos con promesas lisonjeras de riquezas, de placeres, de honores que no nos puede dar, y ahora apartándonos de la práctica del Evangelio, con llenarnos de espanto exagerando las dificultades, y asegurándonos que es imposible. Esfuerzos contra el mundo, el cual por tenernos léjos de esta puerta nos enseña una moral cómoda y corrompida; nos propone su ejemplo, y luego nos